

Fuerzas productivas y lógica económica del modo de producción feudal

Chris Wickham

Facultad de Historia, Universidad de Oxford. Inglaterra.

chris.wickham@all-souls.ox.ac.uk

RESUMEN

Este artículo regresa al debate acerca de la importancia relativa de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción en el modo de producción feudal. Sostiene, utilizando evidencia del occidente medieval, que esta relación es empírica y que varía según los modos, quizás incluso dentro de cada uno de ellos. Propone, además, que en el caso específico del feudalismo, no solo las relaciones de producción fueron la fuerza motriz, sino que de hecho los desarrollos en las fuerzas productivas dependieron de ellas.

PALABRAS CLAVE

feudal - fuerzas productivas - relaciones de producción - Edad Media

ABSTRACT

This article returns to the debate about the relative importance of the productive forces and the relations of production in the feudal mode of production. It argues, using western medieval evidence, that this relation is an empirical one and varies between modes, maybe also inside modes; and that, in the specific case of feudalism, not only were the relations of production the driving force, but developments in the productive forces actually depended upon them.

KEY WORDS

feudal - productive forces - relations of production - middle ages



Esta obra está bajo una licencia [Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina.](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/arg/)

Fuerzas productivas y lógica económica del modo de producción feudal*

Quisiera hablarles hoy acerca de las fuerzas productivas, es decir, en la terminología marxista, de los medios de producción –en otras palabras, el uso de herramientas, las técnicas y el conocimiento productivo– y de la organización del proceso productivo¹. Aquellas, junto con las relaciones de producción (sobre todo las formas en que los productores primarios son explotados por la clase o las clases dominantes) son los rasgos esenciales de un modo de producción como concepto de análisis económico.

Todos o la mayoría de ustedes sabe esto, en tanto forma parte de los que los estadounidenses llamarían Teoría marxista 101. Además, ha sido minuciosamente teorizado, vuelto a teorizar y discutido por más de un siglo, particularmente durante el periodo álgido del debate del marxismo occidental de posguerra –aproximadamente en la década de 1960 y 1970–, aunque luego también, por supuesto. Pero soy un historiador, y debe admitirse que los historiadores como grupo han tendido a interesarse menos por las fuerzas productivas que por las relaciones de producción. Vale decir que las relaciones de propiedad, la explotación y la resistencia, la lucha de clases, han sido temas más atractivos que los pormenores de la tecnología o, incluso, la división del trabajo. Estoy convencido de esto. En mi reciente libro, *Framing the Early Middle Ages*², que obtuvo el Deutscher Prize (el premio que quería ganar más que cualquier otro, y que es la razón inmediata por la cual estoy hablándoles ahora), apenas menciono estas cuestiones. Hay cierto tratamiento del proceso productivo, pero los niveles tecnológicos en particular solo reciben treinta líneas de un total de 800 páginas [N. del T. en el original], a pesar de que se trata de un libro de historia socioeconómica explícitamente encuadrado dentro del campo de interpretación marxista³. No digo que

*(2008). Productive Forces and the Economic Logic of the Feudal Mode of Production, *Historical Materialism*, 16, 3-22. Traducción de Sabrina Orłowski y Pablo Sarachu.

¹ Esta charla fue dictada en la Conferencia Anual de *Historical Materialism* en noviembre de 2008, con motivo de la entrega del Isaac and Tamara Deutscher Memorial Prize.

² N. del T: Hay versión en español bajo el título: (2009). *Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800*. Barcelona: Crítica.

³ Wickham (2005: 272-301) para el proceso productivo; (301-302, 547) para la tecnología. Agradezco profundamente a Chris Dyer y Chris Harman por sus críticas a este texto. He refinado mi planteo como resultado de esto, aunque de todas maneras ellos no estarán de acuerdo.

haya ignorado estos problemas, pero apenas afectaron mi análisis, incluida mi caracterización del modo de producción feudal.

Entre las reseñas que se han hecho del libro, la de Chris Harman en *International Socialism* fue la que remarcó más pertinentemente esta ausencia⁴. Debo admitir que mi primera reacción ante ella fue de sorpresa –¿por qué hubieran debido estar allí si su rol analítico era tan marginal? Dos años después mi sorpresa me parece fuera de lugar. En efecto, debí de haber tratado más y de manera más explícita las fuerzas productivas; pretendo llenar aquí ese vacío. Pero también quisiera sostener desde un punto de vista intelectual e histórico, su marginalidad analítica, al menos para el modo de producción feudal o para ciertas formas específicas de este. Será un argumento *empírico* aunque bien fundado teóricamente, antes que un argumento puramente teórico. Ello obedece a que soy historiador y así es como los historiadores se comportan; pero también a que, según mi parecer, es en el nivel empírico donde la importancia causal del desarrollo de las fuerzas productivas es algo sumamente problemático para cualquier estudio de las sociedades pasadas, sobre todo del feudalismo.

Antes de entrar en la temprana Edad Media, me parecen necesarias algunas observaciones esquemáticas. Primero que nada, ¿por qué querrían ustedes saber más acerca del modo de producción feudal? Hay dos razones fundamentales en mi opinión. Una es el hecho de que uno de los objetivos más importantes de Marx fue demostrar que las “leyes” económicas del capitalismo no eran universales ni eternas, sino, por el contrario, específicas de un único modo de producción. Casi nunca era así de explícito en sus escritos, pero todo su análisis de los modos precapitalistas lo supone, del mismo modo que, por supuesto, lo hace su presunción y esperanza de que el capitalismo sería finalmente superado. De vez en cuando lo expresaba, al menos de forma indirecta, como por ejemplo en la segunda edición de *El Capital*, volumen 1. Cita allí de manera extensa la reseña (anónima) de I. I. Kaufman a la primera edición, originalmente en ruso, que dice: “en opinión [de Marx], todo periodo histórico posee sus propias leyes”. Marx calificó esta reseña como *treffend*, “penetrante” o “acertada”⁵. Frente a esto, me parece útil, y quizás incluso importante, elaborar un cuadro lo más claro posible de las leyes económicas –aunque preferiría el término lógica económica– del más sustancial y duradero de los modos de producción no capitalistas que haya existido en la historia desde la aparición de la jerarquía de clases, es decir, el feudalismo. Porque esta es la

⁴ Harman (2006).

⁵ Marx (1976: 100-102). Para los *treffend*, Marx (1947: 27).

segunda razón por la que quisiera analizar el modo de producción feudal aquí hoy: en mi opinión, el feudalismo dominó casi toda la historia de la humanidad desde el inicio de la sociedad de clases. Los sistemas basados en el impuesto o el tributo, que han sido tan comunes en tanto lugares, desde China hasta el México azteca pasando por el Imperio romano, han estado basados en la extracción forzosa de excedente a familias campesinas de productores primarios, en la misma forma en que la dominación señorial lo hizo en el occidente europeo medieval. He analizado estas cuestiones en otro lugar y no quisiera hacerlo hoy. Simplemente deseo señalar un punto fundamental: que todas estas sociedades en el occidente medieval, en Asia o en otros lugares, pueden ser consideradas como parte del mismo modo de producción pues tienen la misma lógica económica subyacente⁶. Cómo esa lógica funcionó es el elemento clave necesario para deshilar la historia económica de segmentos sustanciales del pasado. Estos son los fundamentos para los argumentos que quisiera proponer aquí.

La lógica económica de un modo de producción incluye, por supuesto, su dinámica subyacente, así como las formas más coyunturales en que productores, explotadores y consumidores responden a los riesgos, los constreñimientos, las oportunidades, los cambios en la disponibilidad y precio de los productos, etc. En mi opinión, incluye también la relación funcional entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. No quisiera caer en la trampa del sustantivismo extremo –los argumentos de Karl Polanyi y, sobre todo, de algunos de sus seguidores– y de cierta tradición marxista romántica que pretende que *ninguna* “ley” económica es universal, de modo que incluso la simple interacción entre oferta y demanda es históricamente contingente. Sin embargo, me parece probable que la forma en que las técnicas y el proceso productivo interactúan con la explotación, por un lado, y con la resistencia, por otro, depende de la lógica económica de cada modo de producción específico. Para empezar, la manera en que el proceso productivo es explotado es estructuralmente diferente de un modo a otro. En el capitalismo, el capitalista controla el proceso productivo directamente y la explotación de la fuerza de trabajo –junto con la posibilidad de que la naturaleza social de la producción no requiera esa explotación– es ocultada bajo la aparente libertad del contrato laboral. En el feudalismo son los

⁶ Anteriormente consideraba que la explotación basada en impuestos y la señorial constituían modos de producción distintos, pero he cambiado mi opinión. Haldon (1993) ha sido muy influyente en ello y es la mejor guía para esta cuestión. Él prefiere llamar a este modo de producción “tributario” antes que “feudal”, pero la diferencia es solo terminológica.

productores (normalmente familias campesinas, a veces pequeños artesanos) quienes controlan el proceso productivo y el excedente les es extraído de una manera totalmente abierta, más allá de cuán justificado esté por la ideología. Dadas estas especificidades, me he resistido durante mucho tiempo a los argumentos abstractos sobre cómo “el” modo de producción funciona, tanto si se tiende a acentuar las relaciones de producción (como en la tradición althusseriana o buena parte de ella) o si se defiende la primacía de las fuerzas productivas (como en la obra de G. A. Cohen e incluso de Chris Harman, aunque estaría de acuerdo en muchas de las más detalladas formulaciones de este último)⁷. Preferiría *suponer* que cada modo de producción es en principio diferente y luego descubrir similitudes estructurales.

Desde ya que Marx planteó el problema de la relación entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción en términos totalmente abstractos en su *Prefacio a la Crítica de la economía política*, dando claramente prioridad a las primeras, especialmente en los momentos de cambio entre un modo de producción y otro. (“Esas relaciones se transforman de formas de desarrollo de las fuerzas productivas en ataduras de las mismas. Se inicia entonces una época de revolución social”). Marx siempre tuvo al modo de producción capitalista como preocupación principal, y parecería que en él estaba pensando cuando planteó estas cuestiones. Mi posición se ve respaldada, sin embargo, por la propia descripción de Marx de la acumulación “originaria” o “primaria” en *El Capital*, los comienzos históricos de la acumulación capitalista. Las transformaciones en los derechos de propiedad y en la explotación de los campesinos y de los artesanos en la Inglaterra de los siglos XIV al XVIII –su separación de los medios de producción– claramente se anticipan a los cambios en el proceso productivo y a los avances técnicos característicos del modo de producción capitalista, por lo tanto estos avances técnicos no fueron la causa de las transformaciones en los derechos de propiedad (El enfoque de Marx sobre los derechos de propiedad en las secciones precapitalistas de los *Grundrisse* también se ajusta a esta lectura)⁸. Se ha intentado hacer

⁷ Para los althusserianos, véase Hindess y Hirst (1975: 9-10, 12). Étienne Balibar en Althusser y Balibar, (1970: 201-380) es menos explícito, pero ciertamente argumenta en el mismo sentido (por ejemplo pp. 297-298). Para la visión opuesta, Cohen (1978: 134-174); Hartman (1986). Cohen ha sido criticado, por ejemplo, por Brenner (1986: 40-47) y Rigby (1987: esp. 92-142) críticas de historiadores que para mí, en tanto que historiador, son útiles. Callinicos (2004) comienza en oposición a Cohen (pp. 57-69) pero termina siendo más comprensivo (pp. xxxiii-xxxiv).

⁸ Marx y Engels (1968: 182). Para la acumulación originaria, Marx (1976: 871 y ss) (1947: 741 y ss.). El término usual en inglés es “primitive accumulation”, pero *ursprünglich* se traduce mejor como “original”

que estas descripciones empíricas (desordenadas, impropias, empíricas, según el pensamiento de los althusserianos⁹) se adecuasen a las enérgicas abstracciones del *Prefacio*, pero en mi opinión se ha fallado. Marx no fue consistente en esto. Quizás uno podría simplemente decir que cuando Marx escribía como un historiador encontraba evidencia para posiciones que en ocasiones estaban en desacuerdo con aquellas que sostenía cuando escribía más teóricamente, como economista o filósofo. Sin lugar a dudas, podría haberlas reconciliado, pero a lo largo de su inacabada obra no lo hizo. Como historiador, no me parece insensato respetar sus razonamientos históricos; haré eso aquí, pues.

Pasemos entonces a los historiadores, a quienes han escrito dentro de la tradición marxista, para observar cómo han caracterizado el modo de producción feudal en el contexto empírico de la Europa occidental medieval. Comenzaré por recordarles cuáles son los rasgos básicos de este modo de producción para que puedan ver por qué los historiadores se han aproximado a él de maneras diferentes. Como ya les he dicho, en su núcleo está la unidad familiar campesina o bien la familia de artesanos a tiempo parcial o completo. En la mayor parte de la historia de la humanidad desde que se desarrolló la agricultura sedentaria, la producción agraria –abrumadoramente dominante hasta la Revolución industrial– estuvo controlada por este tipo de familias y tenía como fin, antes que nada, su propia subsistencia. En las sociedades de clase los campesinos tenían que dar parte de su excedente a los poderes externos, bajo la amenaza de la fuerza; las proporciones eran variables y dependían de la lucha de clases concreta o potencial. Estos poderes externos podían ser estados que extraían impuestos o tributos, terratenientes que extraían renta o ambos. (Los campesinos poseían la tierra, pero no siempre tenían plenos derechos de propiedad sobre ella –excepto en regiones y periodos específicos.) Las rentas, e incluso los impuestos, podían consistir en trabajo –en la parte directamente cultivada de la tierra del señor (su “reserva”) o en los caminos públicos o diques–, en productos (la forma más común en todas las sociedades) y en dinero, pero en este último caso solo si los intercambios estaban lo suficientemente desarrollados, pues los campesinos debían estar en condiciones de vender sus productos sistemáticamente para obtener los medios de pago. Los intercambios podían estar altamente desarrollados y los campesinos producir sustancialmente para el mercado,

[original/originaria] o “primary” [primaria] –“primitive” [primitiva] es desacertada. (La vieja traducción de Eden y Cedar Paul empleaban “primary”.) Para la propiedad, véase esp. Marx (1973: 471-503).

⁹ Véase Althusser y Balibar (1970: 275) para la “historia descriptiva”.

pero primero debían atender a sus necesidades de subsistencia. El cultivo exclusivo de productos para ser vendidos era casi desconocido en el feudalismo y de hecho fue raro hasta el siglo XX incluso en el capitalismo. Estos rasgos pueden encontrarse ampliamente en la historia de Eurasia y de muchas otras regiones. Se dieron en estados fuertes, como los imperios romano y bizantino o en Europa en el siglo XVI, e incluso en estados débiles, como los del occidente medieval, siempre que el poder aristocrático fuera dominante.

El modo de producción feudal podía asimismo coexistir con otros modos. Estos podían no entrañar explotación, como el que Marx y Engels denominaron “arcaico” o “primitivo comunal”, en el cual la extracción de excedente está ausente o no es sistemática (en la Europa de la temprana Edad Media el “modo de producción campesino”, como prefiero denominarlo, existió en buena parte del norte y, de forma aislada, incluso en las antiguas provincias romanas del sur). Otros modos implicaban la explotación, pero sus relaciones de producción eran diferentes, como el esclavismo, con su total sometimiento y su mantenimiento de los productores primarios (aunque esto ha sido poco frecuente en la historia, producto de condiciones especiales), y el capitalismo, con fuerza de trabajo asalariada, en general legalmente libre. Casi el único legado que perdura de la etapa althusseriana de la historiografía marxista ha sido el reconocimiento de que los modos de producción pueden coexistir sin inconvenientes, pero que uno de ellos debe dominar la lógica del sistema socioeconómico (la “formación social”) como un todo. Mientras el modo feudal pervivió –lo que significó miles de años en determinados lugares– el trabajo asalariado en particular fue corriente, pero su lógica estuvo determinada por los ciclos económicos del feudalismo. El predominio de las relaciones feudales finalizaría solamente cuando el campesinado comenzase a ser expulsado (o expropiado) de sus tenencias y los grandes propietarios o poseedores comenzaran a *reemplazarlos* sistemáticamente por trabajadores asalariados, hecho que Marx describió en su capítulo sobre la “acumulación originaria” y que, junto con el proceso paralelo en la industria, apuntala su interpretación de la transición al capitalismo. Una vez que la lógica económica capitalista se tornaba dominante en una región determinada, la transición se había completado.

Lo planteado alcanza para desestimar el rol determinante de las fuerzas productivas. Esta era mi intención y volveré sobre ello más adelante. Por otro lado, la cuestión es indiferente a cuál era concretamente la lógica económica del modo de producción feudal. Aquí es importante que admita que no he llegado más que a una

respuesta aproximada al problema de cómo funcionaba esa lógica. Tampoco lo ha hecho nadie más, en mi opinión. Los trabajos más sistemáticos han sido realizados en torno a la teoría de precios, por ejemplo los de Witold Kula, Luciano Palermo o Julien Demande (es más sencillo calcular y analizar precios que otros elementos del sistema; el mejor intento de análisis económico sistemático, el de Guy Bois, es de una región y un periodo muy específicos, la Normandía del siglo XV)¹⁰. Mi exposición en este punto será entonces estrictamente provisional y restringida al periodo que conozco mejor, desde los comienzos de la Edad Media hasta sus siglos centrales. Pero al menos esta descripción servirá para aclarar el contexto en el cual otros historiadores han escrito acerca de la diada fuerzas productivas-relaciones de producción, en particular sobre el occidente medieval; comencemos entonces el análisis.

Desde la tradición anglo-americana –Maurice Dobb, Rodney Hilton, Robert Brenner– se ha enfatizado o se enfatiza principalmente la relación coercitiva entre campesinos y señores, la lucha de clases en torno a los derechos de propiedad y las rentas y el marco en el cual estas se determinan. Se ha visto la dinámica del feudalismo esencialmente en estos términos¹¹. En Francia, Guy Bois, con un acento más estructuralista (cabe mencionar que criticó con dureza el “voluntarismo” de Brenner y la falta de interés por las leyes de desarrollo del modo de producción feudal en el “debate Brenner” de la década de 1970), también entendió en su gran obra sobre Normandía la lucha de clases como un elemento intrínseco de la tendencia general del occidente medieval a la caída de los beneficios rurales de los señores en periodos de crecimiento. Este fue un elemento central en su influyente discusión de la dinámica económica del feudalismo, en la cual, nuevamente, las transformaciones tecnológicas y productivas apenas aparecieron¹². En Alemania, la importante –aun si intencionalmente abstracta– caracterización de las *Struktur und Dynamik* del feudalismo realizada por Ludolf Kuchenbuch y Bernd Michael también dedicó un espacio pequeño a las fuerzas productivas (e incluso, a pesar de su título, a la dinámica del modo de producción feudal, a excepción de breve párrafo hacia el final del artículo basado en Bois); además, evitaron deliberadamente la referencia misma a la cuestión fuerzas

¹⁰ Kula (1970); Palermo (1997); Demande (2004: esp. 352-420) (pero las implicancias de este importante trabajo van mucho más allá de la teoría de los precios); Bois (1984: esp. 391-408.)

¹¹ Dobb (1946); Hilton, por ejemplo, “Introduction” a Sweezy et al. (1978: 9-29, en 26-29); Brenner (1976)

¹² Bois, (1984) y (1976: 67).

productivas/relaciones de producción¹³. Esencialmente, todos estos historiadores han defendido o han supuesto que sus evidencias les permitían asumir que las transformaciones tecnológicas fueron en gran parte marginales en el periodo medieval; de allí, por ejemplo, las crisis de subsistencia de comienzos del siglo XIV en Europa occidental. En el área rural –el sector agrícola abrumadoramente dominante–, eran los campesinos, no los señores, quienes decidían en general cómo cultivar sus tierras. Cuando estos últimos lograban en ocasiones intervenir en las decisiones de los campesinos (como, nuevamente, con el trabajo forzado, o a veces asalariado, de campesinos en la reserva señorial, en el sistema del *manor*), esto no era sencillo de establecer y siempre hubo una tendencia a la descomposición (las reservas se dividieron frecuentemente durante la Edad Media en tenencias de las que se extraía renta, de modo que el proceso productivo volvía a estar controlado por los campesinos). Este dominio por parte de los campesinos tuvo un efecto negativo en las transformaciones tecnológicas, de allí que los campesinos fueran vistos por esta tradición historiográfica como adversos al riesgo y por lo tanto reacios a la innovación. Era poco probable cualquier desarrollo productivo que requiriese una cooperación que superase el ámbito familiar, excepto por unos cuantos avances a nivel aldeano. Solo cuando se acabó con el dominio campesino de la producción fue posible comenzar el avance tecnológico.

Debe reconocerse que esta imagen de un modo de producción feudal cuya dinámica fue esencialmente la de la lucha entre campesinos y señores ha sido cuestionada en los últimos años desde distintas direcciones. Entre otros, Richard Britnell y Chris Dyer, influenciados ambos por el marxismo, han planteado que en la Inglaterra de los siglos centrales y finales de la Edad Media se produjo un desarrollo comercial considerable y una inversión productiva para el mercado por parte de todas las clases sociales –en no menor medida el campesinado, sobre todo su estrato superior (por ejemplo en graneros para un mejor almacenamiento y en caballos para el arado). El trabajo asalariado parece ahora haber sido el principal sostén de un tercio, para algunos, o la mitad, para otros, de la población de Inglaterra (y más en ciertas áreas) ya para el año 1300, aunque no habría pasado de esos niveles hasta al menos el siglo XVI¹⁴. Para Europa en su conjunto, Larry Epstein ha hecho generalizaciones a partir de trabajos de

¹³ Kuchenbuch y Michael (1977). Este artículo continúa siendo el mejor análisis descriptivo del modo de producción feudal.

¹⁴ Britnell (1996); Dyer (2005). Para cada uno, esto es solo parte de sus más amplios escritos sobre el tema. Véase Harman (2008) una reseña sobre el último, para algunas de sus implicancias.

este tipo en una dirección más explícitamente marxista, enfatizando la innovación tecnológica producida durante dicho periodo (aunque en su opinión su difusión a lo ancho del continente se vio atrasada por los costos operacionales) y el crecimiento de la protoindustrialización rural en muchos lugares, un tema que ha recibido considerable atención en los últimos años. Estos historiadores no subestiman el desarrollo de las fuerzas productivas (aunque no utilicen esta terminología), pero entienden las relaciones sociales feudales como perfectamente susceptibles de absorber dicho desarrollo: “hasta cierto punto, el feudalismo prosperó gracias al mercado”, en palabras de Epstein¹⁵.

Este feudalismo comercial de la baja Edad Media, abierto a muchas innovaciones (incluso por parte de un campesinado menos adverso al riesgo de lo que a menudo se ha supuesto) resulta cada vez más diferente de la imagen aceptada hasta hace poco, en la década de 1970. Pero no hay nada en los autores que he citado que pueda avalar que una economía más activa y abierta, con una tecnología transformada, una creciente división del trabajo y elementos del modo de producción capitalista en la industria urbana y rural, fuera *en sí misma* contradictoria con la economía campesina y la explotación feudal. Los elevados niveles de trabajo asalariado en Inglaterra no cambiaron durante dos siglos; eran un elemento estable de un sistema económico aún dominado por una lógica basada en la relación entre campesinos y señores, es decir, feudal, como Dyer ha observado recientemente¹⁶. Sigue siendo verdad que solo cuando el trabajo asalariado aumentó todavía más y la agricultura campesina perdió el predominio –lo que, según Bas van Bavel tuvo lugar en una región particularmente activa, el delta del Rin ya para 1600– la transición al capitalismo pudo comenzar¹⁷. Sin embargo, en la mayor parte de Europa –fuera de Inglaterra y los Países Bajos– dicha transición no tuvo lugar al menos hasta el siglo XIX, a pesar de esta comercialización. Como mucho uno podría decir que las relaciones feudales fueron bastante eficaces a la hora de bloquear o poner ataduras a un desarrollo más profundo de las fuerzas productivas en la mayor parte de Europa, si uno quiere hablar en esos términos. Pero también es completamente acertada la conclusión de que solo los cambios en la relación entre campesinos y señores y la mayor y creciente habilidad de los terratenientes y los arrendatarios para empujar a los antiguos campesinos hacia el trabajo asalariado

¹⁵ Epstein (2000) (cita de la p. 50).

¹⁶ Dyer (2005: 211-223, 245-246); cf. Britnell (1996: 234).

¹⁷ Van Bavel (2007).

distinguieron a Inglaterra y los Países Bajos del resto, y no el mayor desarrollo allí de las fuerzas productivas, que solo comenzó luego de la transición al trabajo asalariado.

Robert Brenner ha regresado recientemente a estas viejas discusiones a la luz de algunos de estos nuevos aportes historiográficos para reafirmar enérgicamente sus ideas según los lineamientos anteriores; resulta oportuno retomarlo en este punto¹⁸. Es preciso enfatizar que se trata de un asunto empírico, no teórico. La relación estructural entre la desposesión del campesinado y el desarrollo de las fuerzas productivas en Inglaterra o Europa será finalmente establecida por la investigación histórica; aún se discuten los detalles de estas transformaciones. Mi preferencia por la opinión de Brenner de que la transición fue iniciada por los cambios en las relaciones de producción –de la misma forma que Marx lo describió en *El Capital*– está en gran medida basada en la fuerza de su perspectiva comparada entre regiones europeas (una perspectiva que aun hoy es poco frecuente). Volveré sobre este problema al final de mi ponencia.

Fue este contexto intelectual e historiográfico el que me condujo a desatender las fuerzas productivas en *Framing the Early Middle Ages*. Como verán, no estoy arrepentido de mis opiniones en referencia a dicho contexto, sino que deseo corregir mi descuido. En esta sección, por lo tanto, consideraré únicamente la historia de Europa y del Mar Mediterráneo entre aproximadamente los siglos V y XIII (dos veces el periodo analizado en mi libro), antes de regresar al estudio del modo de producción feudal como un todo al final de mi exposición.

La mayor parte de Europa tuvo durante casi toda la temprana Edad Media una economía bastante simple, incluso si se excluyen las altamente localizadas y no especializadas economías del norte, aún dominadas por el modo de producción campesino, donde la agricultura intensiva fue poco común y la mayor parte del intercambio se restringía al espacio aldeano¹⁹. En las antiguas provincias romanas como la Galia (es decir, las actuales Francia, Bélgica y la región occidental de Alemania), Italia o Hispania, la evidencia documental y arqueológica muestra para los siglos VI a VIII sistemas de producción y distribución muy limitados. Sin dudas, la agricultura campesina estuvo orientada a la subsistencia en este periodo. En Italia, donde tenemos contratos de arrendamiento para los siglos VIII y IX, aquellos concernientes a las llanuras y los de los valles cercanos muestran niveles muy similares de renta, lo que indica que existía escasa especialización productiva en ambos, a pesar de que hubiera

¹⁸ Brenner (2007) una profundización de Brenner (1986).

¹⁹ Para esto y las páginas que siguen, véase Wickham (2005: esp. 693-824).

sido sencillo (y de hecho fue corriente tanto en el periodo anterior al año 500 como en el posterior al 1100) para las regiones montañosas dedicarse a la cría de animales para ser intercambiados por granos producidos en las llanuras²⁰. La subsistencia varió según la ecología de Europa: mayor presencia de cría de animales en los territorios más al norte o a mayor altura y mayor producción de vino y olivos en el sur, aunque en todos lados existió una tradición de agricultura diversificada. Fue un periodo que heredó la tecnología del arado liviano propia del Imperio romano y en el que probablemente se practicó la rotación bienal de los cultivos, que fuera tradicional del sur europeo desde los romanos hasta fines de la época moderna. No hubo regresión tecnológica entre el periodo romano y la temprana Edad Media al menos en lo que respecta a la agricultura, aunque los testimonios arqueológicos sobre las reducidas dimensiones de los animales durante este último periodo indican un menor interés por la alimentación con el propósito de aumentar su tamaño. Tampoco se dio, en general, una regresión tecnológica en la producción artesanal. Todavía podían encontrarse prácticamente todas las tradiciones provenientes del Imperio romano en *determinados* sitios en la temprana Edad Media (con solo unas cuantas excepciones, una de las cuales es muy conocida). Sin embargo, hubo aquí en efecto una involución en la especialización productiva, en la misma medida en que la hubo en la cría de animales. La mayor parte de la evidencia arqueológica sobre producción artesanal que tenemos para este periodo (la mejor, como es corriente en la arqueología, consiste en cerámicas) muestra una producción a escala reducida y una distribución limitada geográficamente. Los indicios señalan que la mayor parte de la actividad artesanal, aunque no toda, estaba volviéndose menos especializada y a menudo, como resultado de ello, menos calificada que bajo el dominio de Roma.

Existieron diferencias regionales en los niveles de distribución y en la intensidad de la producción de las cerámicas. Eran de mayor escala en el norte de la Galia que en otros lados, de bastante menor escala en la costa mediterránea de España, etc. (Hay menos evidencias para otros productos artesanales, pero las que tenemos coinciden con este tipo de diferenciación regional y sub-regional.) He planteado en *Framing* que estas diferencias guardaban una correlación con la riqueza aristocrática²¹. Por ejemplo, el alcance de esta riqueza fue manifiestamente mayor en el norte de la Galia que en cualquier otra región del occidente post-romano. Podrían hacerse contrastes generales

²⁰ Para las rentas italianas, Wickham (1988: 21-26).

²¹ Wickham (2005: 706-707).

similares entre el norte y el sur de Italia e incluso, de forma más evidente, entre distintas regiones de Egipto, Palestina, el Egeo, Inglaterra o Irlanda, si se amplía el espectro. En estas últimas, fueron fuertes las correlaciones entre la complejidad o no de la producción artesanal y la existencia o no de elites ricas –tanto si eran aristócratas terratenientes como funcionarios públicos (como en oriente, donde el Estado continuó siendo fuerte). También propuse –como se hace frecuentemente en historia económica– que esta correlación era causal: la complejidad económica global de una región tenía por *causa* la demanda de las elites. En ocasiones, esto puede observarse incluso en la agricultura. La especialización en la producción vinícola a lo largo del corredor ecológico apto para tal fin, que va desde la desembocadura del Loira a través de París hasta el Rin, evidente incluso en los siglos VII y VIII, no habría tenido sentido si no hubiese existido una demanda por parte de una elite asentada demasiado al norte como para que en sus propiedades pudiesen cultivarse vides (los campesinos no habrían estado en condiciones de costear el vino fuera de las áreas en que se producía normalmente, por lo que habrían optado por la cerveza). Pero la demanda aristocrática se hace más patente en la evidencia arqueológica concerniente a la producción artesanal –a pesar de que este sea un sector pequeño de la economía. Artículos que podrían considerarse de lujo como el vidrio tuvieron desde luego un mercado restringido, esencialmente de elite; por lo tanto, cuanto mayor fuera su producción, más rica o más amplia sería la elite. Pero en mi opinión ocurrió lo mismo con la producción de cerámica de mayor escala y más amplia distribución, que tenía una base de demanda más estable y más segura en los hogares aristocráticos, aun si estaba disponible también en una forma más abundante (y de hecho lo estaba, pues muchas producciones de gran escala del norte de la Galia, en el área de Colonia por ejemplo, han sido encontradas en sitios campesinos). La elite demandaba incluso cerámica de mesa más simple y de elaboración más masiva, como la cerámica rugosa del complejo de Mayen, situado cerca de la confluencia entre el Rin y el Mosela. Este complejo se originó para abastecer al ejército romano, pero todavía estaba en funcionamiento en todo el curso del Rin hasta su desembocadura y más allá durante la temprana Edad Media. Un sistema de intercambio lo suficientemente complejo como para distribuir productos de este tipo no se perdió nunca en el norte de la Galia; su motor fue la demanda de una elite terrateniente inusualmente rica y estable.

Deduzco de estos patrones la existencia de una simple secuencia de relaciones causales. Cuanta más rica era una elite –tanto si sus miembros eran terratenientes que

percibían rentas como si se trataba de una burocracia que percibía impuestos— mayor era la complejidad de los intercambios. Pero a su vez, por supuesto, la riqueza de la elite dependía de la explotación de los productores primarios, esto es, del campesinado. De modo que cuanto mayor era la explotación, mayor era la complejidad económica. Lo primero podía obedecer a que la explotación en sí fuera más intensiva o bien a que fueran más los campesinos explotados, como por ejemplo cuando la aristocracia terrateniente creció a expensas del campesinado independiente (un proceso bien documentado en Francia, Italia y Alemania durante el siglo IX; España durante el siglo X y nuevamente Francia durante el siglo XI). Este incremento en la complejidad económica significó en muchos casos el desarrollo de las fuerzas productivas de las economías a nivel local, pues no hay duda de que la división del trabajo y los conocimientos técnicos presentes en las cerámicas de Mayen, por ejemplo, fueron mayores que en la producción doméstica de cerámica de la Inglaterra del periodo anglosajón, en la que ni siquiera su utilizaban hornos. Pero esta diferencia en el desarrollo de las fuerzas productivas dependía del grado de intensidad de la explotación del campesinado.

En síntesis, lo que estoy planteando es que en las condiciones económicas relativamente simples de los primeros siglos de la Edad Media, la aparición de un mercado lo suficientemente complejo como para alentar y justificar la especialización productiva y, por lo tanto, un mayor desarrollo de las fuerzas productivas, dependió de una demanda de tipo aristocrática basada en la explotación. Siempre que puede documentarse una sociedad en la que los aristócratas son débiles, la complejidad del mercado y la especialización productiva desaparecen, como en la Inglaterra del periodo anglosajón y, en general, en el norte de Europa. Es claro que por sí mismos los campesinos no podían sostener una demanda suficientemente grande como para mantener en funcionamiento los hornos de Mayen (o, en Inglaterra, los de Oxfordshire y New Forest, grandes y activos hasta los fines mismos del Imperio romano, pero luego abandonados). En este modelo, las fuerzas productivas del modo de producción feudal no solo no son determinantes, sino que de hecho dependen *directamente* de las relaciones de producción.

Mi evidencia en este punto está basada casi enteramente en la producción artesanal, por lo que podría plantearse que este no es un panorama completo del modo de producción feudal en la temprana edad media, dado que la agricultura era lejos la producción más importante. Rastreemos, entonces, los signos de la intensificación

agrícola de los dos o tres siglos posteriores al año 800, que se desarrolló según las pautas descritas. Una forma de intensificación se dio en el proceso productivo mismo; en este periodo esto se concentró en el desarrollo del cultivo de la reserva basado en prestaciones de trabajo de los campesinos. La reserva señorial no está bien documentada en ninguna parte de Europa para el periodo anterior al año 750; además, trabajos recientes han desacreditado la vieja concepción de que el sistema dominical era signo de una economía cerrada en la que el intercambio estaba prácticamente ausente; enfatizan, en cambio, que la existencia de reservas señoriales indica intensificación productiva, con un seguimiento cercano del trabajo campesino que está apropiadamente documentado en nuestras fuentes, al menos como un ideal. Esta producción estaba dirigida a la venta en el mercado, algo que, nuevamente, es explícito en algunos informes de las fincas del siglo IX en el norte de Francia y en Alemania. La explotación agrícola del dominio a gran escala está atestiguada por primera vez en el norte de Francia y en la región renana, lo que coincide con las observaciones que he realizado sobre la fuerza que allí tenían los intercambios. En el siglo IX se difundió a través del centro-sur de Alemania y el norte de Italia; en el siglo X de Inglaterra, en un contexto de intensificación del poder aristocrático y de los intercambios. Duró más en esta última región, además; en el siglo XIII tuvo lugar allí un renovado interés por la explotación agrícola del dominio, una vez más vinculado a las oportunidades del mercado²². La intensificación agrícola dependía entonces del grado de complejidad de los intercambios y por lo tanto, según el modelo que propongo, de la demanda aristocrática. (Es preciso agregar aquí, para aquellos familiarizados con la vieja historiografía condensada en los trabajos de Georges Duby, que la idea de que la agricultura del dominio del siglo IX tenía herramientas de pésima calidad y que sus rendimientos eran ridículamente bajos ha sido abandonada. Por lo tanto, la intensificación productiva cobra sentido.)²³ Incluso fuera de la economía dominical, el desarrollo de la comercialización de la agricultura campesina luego de aproximadamente el año 1000 también se debió a las necesidades aristocráticas, pues fueron los señores quienes eligieron –en diferentes momentos según las regiones– reclamar rentas en dinero a sus tenentes por conveniencia comercial. De este modo, como se ha apuntado más arriba, se forzó a los campesinos a ingresar al mercado para que obtuvieran porcentajes más altos de su producción, lo que originó una nueva presión en favor de la intensificación.

²² Véase, entre otros, Toubert (2004: 26-115).

²³ Duby (1974: 13-17, 26-29). Contrástese con Devroey (2003: 115-117, 124-129).

La expansión sostenida de las nuevas técnicas puede relacionarse de manera menos estrecha con los intercambios. El arado pesado se extendió firmemente durante la temprana Edad Media por el noroeste de Europa en terrenos adecuados para su uso, pero carecemos de evidencias suficientes para comprender las causas de este proceso. Otro tanto sucede con los molinos de agua, que se propagaron por Europa desde el Mediterráneo en el mismo periodo, llegando ya en el siglo VII incluso a Irlanda y volviéndose corrientes en la Inglaterra del *Domesday Book*, época para la que se habían generalizado en todo el mundo rural europeo. Irlanda estuvo lejos de haber estado a la vanguardia de ninguna red de intercambio en la Edad Media y la documentación más temprana sobre molinos en dicha región demostraría que la influencia tecnológica no estuvo relacionada a la complejidad económica. Esa falta de vínculo también está insinuada por el hecho de que los molinos de agua (y para el caso, también el arado pesado) ya se usaban durante el imperio romano en una escala considerable, aunque solo en ciertos contextos (en el caso de los molinos para suministro de las ciudades y, quizás, del ejército). Recién con posterioridad al fin del imperio comenzaron a extenderse más ampliamente por toda el área rural europea. De todas formas, también puede demostrarse la presencia de una gran densidad de molinos en los dominios señoriales del siglo IX del norte de la Galia. Este fenómeno podría relacionarse con la intensificación de la producción en los centros domaniales, como demuestra la intrincada red de este tipo de molinos que surgió alrededor de muchas ciudades medievales importantes²⁴.

Una escasez de evidencias aún mayor rodea la cuestión de la extensión de la irrigación en el sur de Europa, particularmente en las tierras bajo dominio árabe —el sur de España entre los siglos VIII y XIII y Sicilia entre los siglos IX y XI. Este debe de haber sido el avance productivo más significativo de toda la historia agraria medieval, pues las tierras irrigadas tienen rendimientos al menos dos veces mayores que las que no lo están, aparte de no necesitar barbecho. Además pudieron introducirse nuevos cultivos importados de Oriente como la caña de azúcar y los cítricos. La irrigación también afectó directamente el proceso productivo, pues era necesaria la colaboración de aldeas enteras para su puesta en marcha y mantenimiento. En mi opinión, esto se produjo en el contexto de la instalación tanto en España como en Sicilia de sistemas tributarios que eran corrientes en el Mediterráneo oriental y que habían sido heredados directamente

²⁴ Me he apoyado aquí en el útil estudio general en Papaccio (2005). Para el norte de la Galia, véase esp. Champion (1996).

del Imperio romano por los califatos; estos a su vez los introdujeron –o reintrodujeron– en las colonias árabes de Occidente. El nuevo sistema tributario habría necesitado de la producción de un excedente mayor y la nueva burocracia habría demandado productos agrarios, de allí la intensificación productiva a través de la irrigación. Pero no puedo, honestamente, demostrar mi posición, pues no contamos con ninguna documentación sobre los orígenes y propósitos de estos sistemas; no podemos afirmar siquiera en qué siglo se desarrolló en España²⁵. Fuera de estas áreas, la irrigación se esparció de manera llamativamente lenta en los siglos siguientes, con la importante excepción de la Lombardía de los siglos XII al XV, donde fue seguramente puesta en marcha con miras al mercado local por parte tanto de las comunas rurales como de los señores²⁶. Un paralelo en el norte de Europa fue la gestión del agua que implicó el drenaje de tierras pantanosas, controlado por el poder señorial, que tuvo lugar en los Países Bajos, Inglaterra y otras regiones desde el siglo X en adelante. Este fenómeno también incrementó la productividad, aunque no demasiado.

Podría continuar, pues no he agotado la lista, pero prefiero avanzar más rápido a partir de aquí. Es preciso añadir el desarrollo del abono intensivo, el lento mejoramiento de las herramientas de metal (a pesar de que su escasez en la temprana Edad Media ha sido exagerada) y la ya señalada extensión hacia el periodo bajo medieval del caballo como animal de tiro (un avance que sin dudas intensificó la producción y que fue iniciado en general por los campesinos, a pesar de su carácter riesgoso, pues los caballos eran más caros de alimentar)²⁷. También debe mencionarse la introducción del sistema de rotación trienal en el norte de Europa, que puso un sello aldeano a las antiguas decisiones individuales sobre cuándo cosechar y cuándo dejar en barbecho, y que en cierto modo es el equivalente septentrional de las iniciativas de irrigación en las aldeas del sur. Este último cambio también suele ser considerado en el contexto de un proceso más amplio, el de la expansión de la agricultura en detrimento de los bosques o las tierras de pastoreo, la vía *par excellence* de expansión agraria medieval, con un cenit entre los siglos X y XIII²⁸.

Este periodo de roturación a gran escala se inserta muy claramente dentro de otra tendencia secular que no había mencionado hasta aquí, el crecimiento demográfico,

²⁵ Véase en general Glick (1995: 64-91) y Barceló *et al.* (1986).

²⁶ Menant (1993: 182-203.)

²⁷ Véase Langdon (1986: 172-253).

²⁸ Un estudio clásico es Fossier (1982: 126-187, 634-665).

pues estos siglos también presenciaron la triplicación de la población de la Europa occidental y central. Aquellos de ustedes que estén familiarizados con los debates de la historia económica medieval sabrán que existe una fuerte corriente historiográfica que trata el crecimiento demográfico como una causa independiente, incluso como el motor principal del cambio económico mismo. De manera más convincente, esta variable ha sido relacionada asimismo con la intensificación de la producción agrícola por la economista del desarrollo Ester Boserup. Esta autora recurrió a una amplia gama de ejemplos a nivel mundial para alcanzar la conclusión inequívoca de que, sin importar cuánto más productiva pueda ser, la intensificación de la agricultura requiere invariablemente más tiempo de trabajo, de modo que nadie optaría por ella a menos que se viese forzado por un aumento de la población (esto es por un crecimiento del número de bocas que alimentar)²⁹. Creo que debería añadirse a esa relación causal los incrementos en los niveles de explotación, pues sería necesario intensificar la producción de la misma forma si esa mayor cantidad de bocas para alimentar fueran las de una elite no productora emergente; es decir que el modelo de Boserup puede ser absorbido fácilmente por el marco teórico marxista. Pero estos modelos neo-malthusianos (o, en el caso de Boserup, anti-malthusianos) dejan asimismo de lado la cuestión de por qué es que las poblaciones se expanden. En mi opinión, los comienzos de dicha expansión en la Edad Media se dieron precisamente en el periodo de intensificación del trabajo en el sistema dominical en Europa occidental, cuando era racional procrear más hijos que ayudaran en el trabajo, dado que todavía era relativamente sencillo expandir el espacio cultivado. El crecimiento demográfico marchó entonces a la par de las roturaciones durante varios siglos, hasta que estas se volvieron muy costosas (o en regiones muy roturadas como Inglaterra o Italia, imposibles) y se alcanzó entonces, probablemente en muchos lugares, el límite malthusiano. Posteriormente, en el siglo XIV, comenzaron a restringirse los nacimientos y la población empezó a declinar, un proceso que se aceleró enormemente con la Peste Negra de 1347-1350. Parte de esta breve caracterización, sobre todo su inicio, es especulativa; sin embargo, desplaza el cambio demográfico del papel de fuerza independiente, casi natural, y lo reintroduce en el contexto socioeconómico real. La mayor parte de los marxistas los defenderían en sus rasgos centrales, precisamente por esta razón.

²⁹ Boserup (1965).

La roturación es una intensificación de la producción agrícola, en la medida en que los campos cultivados pueden alimentar más gente que los bosques o las tierras de pastura; también requieren más trabajo para su explotación. Pero un mundo en el que todos producen más granos no es necesariamente un mundo en el que el intercambio está desarrollándose, a excepción del ciertamente importante suministro para los artesanos especializados de las ciudades y aldeas cercanas. Sin embargo, pienso que el periodo de roturaciones resultó también, de una forma crucial, un salto hacia la especialización agrícola. Para el siglo XIII, regiones enteras estaban comenzando a exportar de forma sistemática productos primarios: vino de gran parte de Francia occidental y central; madera del centro de Alemania y el sur de Noruega; bacalao del norte de Noruega, etc. Solo a partir de este momento puede hablarse de una “economía europea”, al menos desde el imperio romano, y de una economía trans-regional que no dependiese de un estado también trans-regional³⁰. Tuvo su equivalente en el desarrollo de la distribución artesanal, de textiles y de otros productos exportados desde Flandes e Italia. Ambas regiones fueron igualmente dependientes, pues los textiles flamencos dependían de la especialización lanar de Inglaterra, mientras que las grandes ciudades italianas eran alimentadas por áreas dedicadas principalmente a la producción de grano, como Sicilia³¹. Una vez que esta evolución a nivel europeo se cristalizó, en el siglo XIII, nunca volvió a desaparecer. Sus énfasis y sus núcleos productivos cambiaron constantemente, pero aún estaba en pie a comienzos de la Edad Moderna y, por supuesto, posteriormente. Siempre fue un elemento minoritario en casi todas las economías regionales, que estaban basadas sobre todo en la oferta y la demanda internas (como todavía lo están), pero unió a toda Europa en una relación funcional; esto continuó siendo importante.

Me detendré aquí en mis descripciones empíricas, puesto que inevitablemente se debe ser más y más esquemático conforme se avanza sobre periodos mejor documentados (en particular luego de 1200); es preciso, en cualquier caso, regresar a una generalización más amplia y arribar a una conclusión. Quisiera plantear dos cuestiones importantes sobre esta serie de cambios, todos los cuales muestran un desarrollo de las fuerzas productivas (no hay duda de ello). Uno es que el motor principal de la mayor parte de la intensificación productiva del periodo posterior al año 800 fue la demanda comercial, la cual, como he señalado, fue impulsada por la

³⁰ Véase en general, por ejemplo Spufford (2002: 286-341).

³¹ Epstein (1992: 270-291).

aristocracia y por lo tanto tuvo a la explotación directa como causa de fondo. Además, dado que los nuevos desarrollos en las fuerzas productivas fueron a menudo puestos en práctica por los aristócratas (el ejemplo más destacado sería la explotación de la reserva con prestaciones de trabajo), no solo fueron causados por la explotación, sino que a menudo conllevaron una intensificación de la misma. Esta lectura de los procesos mantiene firmemente la causa principal de los desarrollos en el campo de las relaciones de producción, dependiendo directamente de estas relaciones la renovación de las fuerzas productivas. Sin embargo, esto suscita una nueva e importante cuestión empírica: incluso si se acepta que la demanda aristocrática fue el motor del intercambio hacia el año 800, ¿lo fue aún hacia el 1300? Podría plantearse que para ese momento, con las nuevas producciones a gran escala de textiles, metales y cerámica en muchos centros, con la venta de cerámica de producción masiva a bajo precio en las zonas rurales –necesariamente también a campesinos– y con la especialización agrícola y el consecuente intercambio de sus productos también a gran escala, el nuevo motor del consumo habría sido un mercado masivo y ya no solamente su núcleo aristocrático³². En definitiva esto fue lo que de hecho ocurrió. Empíricamente, sin embargo, no se ha establecido aún cuándo es que este cambio tuvo lugar. Estoy seguro de que no fue antes del año 1150, aunque muchos de los procesos que he descrito lo antecedan. Posiblemente haya tenido lugar bastante posteriormente, pues las elites terratenientes continuaron siendo muy ricas en todo este periodo y como clase no se debilitaron hasta la industrialización. Además, deberíamos añadir al excedente del que se apropiaban el proveniente de los estados feudales tributarios, que se multiplicaron en el siglo XIII. Estos estados gastaron mucho dinero en sus ejércitos profesionales (y se sabe desde hace tiempo que los ejércitos, junto con la demanda de alimentos y materiales que generaban, constituían un motor para desarrollos económicos de diversa índole)³³. Vale decir que mientras que el mercado campesino pudo haber crecido, el generado a partir de la extracción de excedente lo hizo indudablemente. Un mercado autosostenido de productos masivos –que en principio incluso permitiría a las fuerzas productivas no depender de las relaciones de producción– dataría de un periodo bastante posterior.

El segundo punto que quisiera enfatizar es que ninguno de estos desarrollos en las fuerzas productivas era potencialmente contradictorio con las relaciones feudales de

³² Para la estructura de un mercado de este tipo (y sus límites), véase por ejemplo Schofield (2003: 131-156).

³³ Para un panorama general, véase por ejemplo Mann (1986).

producción, ni siquiera en teoría. No solo fueron generados por estas últimas, sino que se adecuaron perfectamente al sistema económico feudal. Como en la frase de Epstein citada más arriba: “hasta cierto punto, el feudalismo prosperó gracias al mercado”. Anteriormente, Rodney Hilton había hecho planteos similares en sus contribuciones al debate de la década de 1950 sobre la transición³⁴. Por otro lado, la ruptura de ese vínculo no ocurriría en lo inmediato. Aunque completamente capitalista en términos de las relaciones de producción, el trabajo asalariado en los grandes talleres textiles de las ciudades italianas de los siglos XIII a XV no fue contradictorio con la más extendida lógica económica feudal. Esto puede observarse fácilmente en el abandono de la propiedad de talleres por parte de las elites urbanas de los siglos XV en adelante para regresar a la tierra, cuando esto último parecía una actividad más segura, más lucrativa y más prestigiosa, hecho que derivó en el fin de la supremacía comercial italiana en casi todos los ámbitos. De modo similar, la protoindustria rural de los comienzos de la Edad Moderna no fue el origen de una completa industrialización en ningún lado y en general tendió a desaparecer cuando sus empresarios se refeudalizaron³⁵. Lo que se percibe en Europa es un alto grado de comercialización y especialización, no solo en los siglos centrales de la Edad Media, sino también en los finales y en la temprana Edad Moderna. Esto incluyó, en algunas regiones, niveles elevados de urbanización y/o de trabajo asalariado, los cuales continuaron siendo una consecuencia propia de las formas imperantes del modo de producción feudal. Podríamos denominar a estas últimas “sistemas de equilibrio de nivel elevado”, como las que se dieron en el siglo XVI en India o en China; esto es, sistemas económicos complejos, en los que los productos del desarrollo acumulado fueron consecuencia del feudalismo (incluyendo las técnicas y otros aspectos de las fuerzas productivas). El fundamento continuó estando, no obstante, en las relaciones de producción campesina, pero los sistemas en cuestión no entraban en contradicción con estas. No pretendo arribar en este lugar a una conclusión sobre el debate iniciado por Kenneth Pomeranz, hasta ahora el más destacado defensor de la posición que sostiene que solo los factores externos (fundamentalmente los recursos del Nuevo Mundo) hicieron de Inglaterra (y no del sur de China) el ambiente adecuado para la Revolución Industrial³⁶. Simplemente quisiera reiterar que es posible la existencia de

³⁴ Hilton, en Sweezy *et al.* (1978: 145-158).

³⁵ Ogilvie y Cerman (1996: por ejemplo 232, 237).

³⁶ Pomeranz (2000). Nótese que Pomeranz, quien no proviene de una tradición marxista, no hace referencia en modo alguno a las relaciones de producción.

una economía comercial considerablemente desarrollada que no derive en la industrialización. Es cierto que una vez que los campesinos son expropiados y reemplazados por trabajadores asalariados, en la región que sea, ese desarrollo comercial y el del conjunto de las fuerzas productivas promueven el paso del modo de producción feudal dominante al capitalista. Sería todavía contingente que un sistema de equilibrio de nivel elevado lo hiciera preferentemente o con anterioridad a otro, pero la transición se vuelve un proceso mucho más fácil de imaginar. En cualquier caso, en modo alguno es necesario que dicha transición ocurra y quizás la norma sea que en general no lo hizo.

Quisiera finalizar con estos sistemas de equilibrio de nivel elevado, no con la transición al capitalismo, pues me opongo a la teleología. Gran parte de la discusión sobre la economía bajomedieval y de comienzos de la Edad Moderna se ha planteado en términos de “desarrollo obstruido”, de “trampas” en los sistemas de equilibrio de nivel elevado, de “trabas” al desarrollo, en palabras del propio Marx. He planteado anteriormente mis discrepancias con las tendencias teleológicas de este último, pero quisiera reiterarlas aquí. Como Darwin con respecto a la evolución, yo no veo en los sistemas económicos –o incluso en su dinámica– una tendencia “natural” hacia ningún lado en particular³⁷. Me opongo a interpretar a cualquiera de ellos en términos de cómo finalizaron, como lo hizo la larga tradición de historiadores ingleses de la economía que estuvo atenta solo a los factores especiales –cualesquiera que estos fueran– que habrían dado lugar a la Revolución Industrial y no a los elementos que en realidad hacían funcionar la economía en un momento dado. Lo que pienso es que son las personas y la acción de las fuerzas sociales las que originan la transición de la dominancia de un modo de producción a la de otro, una vez que las condiciones mínimas han sido alcanzadas para que se produzcan esas transformaciones. Esto es cierto hoy en día, así como lo fue en el pasado. Así se dio en el caso del modo de producción feudal, una vez llegado el año 1700 –o quizás ya en 1500 en varias partes de Europa (aunque no en 1100 ni en 800) y probablemente en China–, después de lo cual los cambios relevantes en las relaciones de producción *podían* ocurrir en numerosos lugares. A la inversa, pienso que si esto último no sucede entonces el sistema de equilibrio de nivel elevado puede continuar funcionando durante siglos, resolviendo sus contradicciones en la práctica sin mayores dificultades, habida cuenta de que la reproducción feudal no es

³⁷ Cf. Runciman (1989: 449).

menos creativa que la capitalista de nuestros días. Pero una vez que la transformación se ha producido las cosas son diferentes. El costado darwiniano de Marx aflora, pues la lógica económica capitalista aventaja rápidamente a sus competidores. Sin embargo, una de las pocas cosas de las que podemos estar seguros acerca de la lógica económica del modo de producción feudal es que tuvo poder para mantenerse estable, durante miles de años en algunas regiones. Tuvo además un gran dinamismo (una de las cuestiones que he intentado analizar aquí), pero su capacidad para mantenerse estable y para adaptarse a nuevas situaciones son igualmente asombrosas.

Bibliografía

- Althusser, L. y Balibar, É. (1970). *Reading 'Capital'*, trans. B. Brewster. London: New Left Books.
- Barceló, M. et al. (1986). *Les aigües cercades*. Palma de Mallorca: Institut d'estudis baleàrics.
- Bois, G. (1978). Against the Neo-Malthusian Orthodoxy, *Past and Present*, 79, 60-9.
- Bois, G. (1984). *The Crisis of Feudalism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Boserup, E. (1965). *The Conditions of Agricultural Growth*. London: Unwin Hyman.
- Brenner, R. (1976). Agrarian Class Structure and Economic Development en Pre-Industrial Europe, *Past and Present*, 70, 30-75.
- (1986). The Social Basis of Economic Development. En J. Roemer (ed.), *Analytical Marxism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (2007). Property and Progress. En C. Wickham (ed.), *Marxist History-Writing for the Twenty-First Century*. Oxford: Oxford University Press.
- Britnell, R. (1996). *The Commercialisation of English Society, 1000–1500*, second edition. Manchester: Manchester University Press.
- Callinicos, A. (2004). *Making History*, second edition, *HM Book Series*. Leiden: Brill.
- Champion, É. (1996). *Moulins et meuniers carolingiens*. Paris: AEDEH.
- Cohen, G.A. (1978). *Karl Marx's Theory of History. A Defence*. Oxford: Oxford University Press.
- Demade, J. (2004). *Ponction féodale et société rurale en Allemagne du sud (XIe–XVIIe siècles)*. Tesis de doctorado. Université Marc Bloch (Strasbourg II).
- Devroey, J.P. (2003). *Économie rurale et société dans l'Europe franque*. Paris: Belin.
- Dobb, M. (1946). *Studies in the Development of Capitalism*. London: Routledge.
- Duby, G. (1974). *The Early Growth of the European Economy*, trans. H.B. Clarke, London: Weidenfeld and Nicolson.
- Dyer, Ch. (2005). *An Age of Transition?*. Oxford: Oxford University Press.
- Epstein, S.R. (1992). *An Island for Itself*. Cambridge: Cambridge University Press.

- (2000). *Freedom and Growth*. London: Routledge.
- Fossier, R. (1982). *Enfance de l'Europe, Xe–XIIIe siècles*, Paris: Presses Universitaires de France.
- Glick, T.F. (1995). *From Muslim Fortress to Christian Castle*. Manchester: Manchester University Press.
- Haldon, J. (1993). *The State and the Tributary Mode of Production*, London: Verso.
- Harman, Ch. (1986). Base and Superstructure, *International Socialism, II*, 32, 3–44.
- (2006). Shedding New Light on the Dark Ages, *International Socialism, II*, 109, 187–91.
- (2008). Review of Christopher Dyer's *An Age of Transition?* and John Landers's *The Field and the Forge*. *Historical Materialism*, 16, 185–99. 1–15.
- Hindess, B. y Hirst, P. (1975). *Pre-Capitalist Modes of Production*. London: RKP.
- Kuchenbuch, L. y Michael, B. (1977). Zur Struktur und Dynamik der "feudalen" Produktionsweise im vorindustriellen Europa. En *Feudalismus – Materialien zur Theorie und Geschichte*, edited by Ludolf Kuchenbuch and Bernd Michael. Frankfurt: Ullstein.
- Kula, W. (1970) [1962], *Teoria economica del sistema feudale*, trans. B. Bravo and K. Zaboklicki. Turin: Einaudi.
- Langdon, J. (1986). *Horses, Oxen and Technological Innovation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mann, M. (1986). *Sources of Social Power*, I. Cambridge: Cambridge University Press.
- Marx, K. (1947) [1867]. *Das Kapital*, I. Berlin: Dietz.
- (1973). *Grundrisse*, trans. M. Nicolaus. London: Penguin.
- (1976) [1867]. *Capital*, I, trans. B. Fowkes. London: Penguin.
- Marx, K. y Engels, F. (1968). *Selected Works*. Moscow: Progress Publishers.
- Menant, F. (1993). *Campagnes lombardes du moyen âge*. Rome: École française de Rome.
- Ogilvie, S. y Cerman, M. (eds.) (1996). *European Proto-Industrialization*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Papaccio, G. (2005). *The Water Mill in Medieval Europe*. University of Birmingham, M.Phil. thesis.
- Pomeranz, K. (2000). *The Great Divergence*. Princeton: Princeton University Press.
- Rigby, S.H. (1987). *Marxism and History*. Manchester: Manchester University Press.
- Runciman, W.G. (1989). *A Treatise on Social Theory*, II. Cambridge: Cambridge University Press.
- Schofield, P. (2003). *Peasant and Community in Medieval England, 1200–1500*, Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Spufford, P. (2002). *Power and Profit*. London: Thames and Hudson.
- Sweezy, P. et al. (1978). *The Transition from Feudalism to Capitalism*. London: Verso.

Toubert, P. (2004). *L'Europe dans sa première croissance*. Paris: Fayard.

Van Bavel, B. (2007). The Transition in the Low Countries, in *Rodney Hilton's Middle Ages, Past and Present, supplement 2*, edited by Christopher Dyer et al., Oxford: Oxford University Press.

Wickham, Ch. (1988). *The Mountains and the City*, Oxford: Oxford University Press.

—— (2005). *Framing the Early Middle Ages*. Oxford: Oxford University Press.